



**Curso de Teología Bíblica:**  
**Introducción a la Sagrada Biblia; inspiración y veracidad**  
**Diseñado por el P. Emiliano Hong**

**Envío 1º**

**Explicación del curso**

**Metodología:** El curso es una suerte de “acompañamiento” en la lectura/estudio del libro *Introducción a la Sagrada Escritura* del Pbro. Dr. Miguel Ángel Tábet, profesor ordinario de exégesis bíblica de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz. Cada uno le imprimirá el ritmo que pueda/quiera. Si surgieran dudas o inquietudes, puede escribir a: [secretariaifti@gmail.com](mailto:secretariaifti@gmail.com) (Prof. Mónica Heller) o a [juanmariagallardo@gmail.com](mailto:juanmariagallardo@gmail.com) (P. Juan María Gallardo).

Este primer curso abordará temas como la transmisión de la Revelación a través de la Biblia, la naturaleza de la Inspiración y la veracidad de la Sagrada Escritura.

El Curso **no tiene precio, es gratuito.**

Quien quiera adquirir el **certificado** que se ofrece, deberá enviar las respuestas a las Reflexiones Pedagógicas (**TODAS-JUNTAS y al finalizar el curso**) que acompañan a cada envío al P. Juan María G.

**Bibliografía:**

*“Introducción General a la Biblia” del P. Miguel Angel Tábet*

## **NOCIONES PREVIAS**

### **1. La introducción general a la Biblia como disciplina teológica**

La disciplina que nos proponemos estudiar —la «Introducción general a la Biblia»—, se puede definir como aquella parte de la teología que examina todas las cuestiones necesarias para la recta comprensión de los libros sagrados. Ciertamente, la Biblia, obra escrita por mano de hombre, en la que el autor humano se ha expresado como verdadero autor, puede ser considerada, y asumida como objeto de estudio, desde muchas perspectivas diversas: como obra literaria, comprendiente un número diversificado de libros, de distintos géneros literarios, escritos en lenguas múltiples y períodos distantes de tiempo; como fenómeno religioso, al que hacen referencia creencias variadas que la retienen, elemento estructurante de la propia fe y modo de vida; o, en general, como un producto del esfuerzo humano, forjado a lo largo de muchos siglos y en precisos contextos socio-culturales. La ciencia histórico-literaria, la

historia de las religiones y las más diversificada ciencias del hombre se han dedicado, por esto, desde tiempos antiguos y bajo diversas perspectivas, a su estudio. En el caso de la «Introducción general a la Biblia», el intento programático se dirige de modo específico al examen de la Biblia en su más amplia realidad de obra divino-humana, es decir, como Palabra de Dios, manifestada a la humanidad en y a través de hombres inspirados, y dejada a la custodia, transmisión e interpretación de la Iglesia de Cristo.

Resulta evidente de lo dicho, que la ciencia que comenzamos a estudiar se debe afrontar con un método preponderantemente teológico, en el que fe y razón, sabiduría teológica y ciencia humana, prospectiva sobrenatural y lógica natural, se deben entrelazar armónicamente. Desde el momento que la Biblia según el proyecto salvífico divino está en estrecha relación con el misterio de la Revelación de Dios a los hombres y dirigida a la salvación eterna, todos los problemas que la ciencia bíblica debe afrontar —el origen divino-humano de los libros bíblicos, su índole de ‘palabra de Dios’, su contenido salvífico, su fin y eficacia sobrenaturales, el elenco de libros que la constituye, la transmisión del texto a lo largo de los siglos, su interpretación, etc.— se presentan como verdaderos temas teológicos, que el estudioso debe analizar con conciencia crítica, una fe discursiva, y en la amplia perspectiva de las dimensiones propias del quehacer teológico, que, como tal, debe permanecer atento a los problemas antropológicos, religiosos, ecuménicos y, sobre todo, eclesiales y pastorales.

La «Introducción general a la Biblia» tiene como complemento una disciplina similar, la «Introducción especial a la Biblia», constituyendo entre ambas lo que simplemente se conoce como «Introducción a la Biblia». La distinción mencionada, realizada por la teología del último siglo, se debe sobre todo a un motivo de carácter didáctico. A la «Introducción general», como ciencia autónoma, se le designa como materia de estudio los temas comunes a todos los libros inspirados; por el contrario, a la «Introducción especial», las cuestiones específicas de cada uno de ellos, es decir, las relacionadas con el autor, las circunstancias de composición (tiempo, lugar, destinatarios) y, principalmente, el contenido y estructura de cada uno de los libros bíblicos. Más precisamente, los temas de los que se ocupa la Introducción general son los siguientes:

— el carácter sagrado de los libros bíblicos, es decir, el estudio del origen divino-humano de la Escritura, de su contenido y eficacia sobrenaturales, y de las consecuencias que se siguen de este hecho. Este tratado se conoce generalmente con el nombre de «Tratado de inspiración bíblica»;

— el elenco y la determinación de los libros bíblicos, y la historia de su continua agregación hasta constituir un todo unitario, distinto de los demás libros religiosos, que no son en sentido propio palabra de Dios (Tratado del Canon);

— la transmisión del texto de los libros bíblicos y la formación e historia de las versiones antiguas y modernas (Tratado del Texto);

— la cuestión de los sentidos bíblicos (noemática), la interpretación del texto (heurística) y el modo de exponer el contenido de la Biblia, tanto a nivel científico como pastoral (proforística), temas que forman conjuntamente el «Tratado de hermenéutica bíblica».

En este manual seguiremos este mismo orden de exposición, pues, desde un punto de vista teológico, parece necesario abordar primero el análisis del origen divino de la Biblia y su relación con la Revelación antes de afrontar el examen de los libros que la integran y el tema de la transmisión e integridad del texto. El último paso de nuestras reflexiones corresponde, obviamente, a las cuestiones relacionado con la interpretación de la Biblia, pues este estudio depende del modo de concebir la naturaleza de los textos bíblicos.

## **2. Algunas consideraciones históricas**

La ciencia cuyo estudio comenzamos ha sido sistematizada en una época relativamente reciente. De hecho, el primer intento de constituir una ciencia introductoria a la Biblia en época moderna puede considerarse el *Compendium del Cursus Scripturae Sacrae* de R. Cornely (1885); otros lo atribuyen a Sixto de Siena, quien, en 1566, en Venecia, pocos años después de finalizar el Concilio de Trento, publicó su *Bibliotheca Sancta*, con la que establecía los principios de una ciencia introductiva a la Escritura. Sin embargo, los precedentes de la propedéutica bíblica se remontan a épocas más antiguas. La primera obra que lleva el título de «Introducción a la Sagrada Escritura» (*Isagoge ad Sacras Scripturas*) se debe de hecho a Adriano, monje de mediados del siglo V. Se trata de un tratado sobre las expresiones de la Biblia hebrea. Se pueden distinguir tres períodos históricos en la formación de los tratados teológicos de la Biblia.

**Época patristica** — Este período se caracteriza por la elaboración de los principios y nociones teológicas constitutivas de dicha ciencia. Esta tarea se realizó muchas veces de modo ocasional, a través de cartas, escritos pastorales, comentarios a los libros bíblicos, escritos apologeticos y otras obras análogas; pero no faltaron verdaderos tratados propedéuticos o de introducción bíblica, que se adentraron en el estudio orgánico de la Escritura y que forjaron las nociones centrales que debían iluminar cualquier quehacer bíblico. Este esfuerzo programático lo encontramos en autores tanto de la tendencia teológica alejandrina como antioquena. Algunas de las obras trataron el tema bíblico en una perspectiva amplia y orgánica, interesándose en los

diversos aspectos de la ciencia bíblica, principalmente el *De Principiis* IV,1-3 de Orígenes (s. III) y sobre todo el *De doctrina christiana* de san Agustín (s. V); otros escritos desarrollaron solo algunas temáticas: proponiendo reglas de interpretación, como el *Liber regularum* de Ticonio (ca. 392), o se centraron en el problema metodológico, como el tratado *Formulae spiritalis intelligentiae* de Euquerio de Lyon (entre los siglos IV y V). Sobre el tema de los sentidos bíblicos se pueden recordar los prólogos de los escritos de Gregorio de Nisa, Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuestia, compuesto a fines del siglo V; sobre las expresiones del lenguaje, las ya mencionadas *Isagoge* de Adriano; sobre el análisis textual y los problemas relacionados con la transmisión de los códices y manuscritos, las célebres *Institutiones divinarum litterarum* de Casiodoro (s. VI), y sobre los criterios de traducción, la *carta 57* de san Jerónimo. Un breve síntesis de los resultados a los que había llegado la ciencia bíblica del tiempo la ofrece Isidoro de Sevilla (560-636) en las *Etimologie* VI,1-4. Nos encontramos, por tanto, con un panorama que, situado en su propio contexto cultural, abría un cauce profundo a los futuros tratados teológicos de la Biblia.

**El período medieval** — En el período sucesivo a la época patristica se realizó una importante elaboración bíblica, forjándose obras de gran alcance teológico-bíblico, escritas en diversos géneros literarios —tratados, prefacios, *principia*, obras teológicas y comentarios bíblicos—, que afrontaron, junto a las cuestiones de carácter teológico-hermenéutico y las relacionadas con el canon bíblico y el texto, el estudio de lo que hoy llamaríamos crítica textual y crítica histórico-literaria. En este terreno, concretamente, merecen ser mencionados los «correctorios bíblicos» y la *Historia scholastica* de Pedro Comestor. Notables fueron las dos obras de índole sistemática, el *Didascalicon* y el *De scripturis et scriptoribus sacris*, de Hugo de San Víctor (ca. 1097-1141), que introdujeron en el medioevo la tradición agustiniana, y los tratados sobre la profecía y los sentidos bíblicos incluidos en las grandes *Summae* de la época, en las que las *quaestiones* analizan problemas teológico-bíblicos también hoy de gran actualidad. Santo Tomás afrontó algunos temas centrales relacionados con la inspiración profética y bíblica en el *De Veritate* q.12, a.13 y la *Summa Theologiae* II-II, qq. 171-174, y elaboró temas más directamente relacionados con la naturaleza del texto bíblico en sus dos *principia*, *De commendatione Sacrae Scripturae* y *De commendatione et partitione Sacrae Scripturae*. El tema clásico de los sentidos bíblicos, con el que la exégesis patristica había formulado el propio método bíblico, encontró en la teología medieval una exposición sistemática y determinante en los esquema de la *S. Th.* I, q.1, aa. 9-10, con sus rigurosas definiciones sobre el sentido literal y espiritual, y la elevación de la exégesis literal a fundamento primario del quehacer exegético. Su influjo será decisivo

en la teología de los siglos posteriores y pasará, con las necesarias aclaraciones, a las reflexiones teológico-bíblicas de la exégesis moderna.

**La época moderna y contemporánea** — Los últimos siglos de historia han visto surgir numerosos estudios relacionados con los fundamentos de la ciencia bíblica, en los que han incidido algunos acontecimientos cruciales: la Reforma protestante, el desarrollo de la teología católica y el nacimiento de la exégesis histórico-crítica. En esos estudios se han ido consolidando las características y la estructura orgánica de la propedéutica bíblica. No rara vez, sin embargo, esta disciplina ha entrado a formar parte integrante de los tratados de teología sistemática, constituyendo un capítulo más del entramado teológico de dicho tratado; pero desde fines del siglo XIX, el progreso de la teología ha forjado una mentalidad que ha terminado por otorgar rango de ciencia específica a la ‘Introducción general a la Escritura’, que ha asumido la tarea de abordar en toda su amplitud y profundidad los problemas básicos de la exégesis bíblica. El número de estudiosos que desde entonces se ha dedicado a enriquecer este tratado es tal que resulta imposible establecer un simple elenco: se correría el riesgo de olvidar muchos nombres; ya hemos hecho alusión a alguno de ellos en nuestra Introducción. Basta por ahora afirmar que en estos últimos siglos se ha pasado de los tratados de la segunda escolástica, realizados muchas veces al interno de obras que ofrecían una visión teológica más amplia, a manuales y tratados que buscan afrontar directamente y en partes distintas las cuestiones relacionadas con el origen, autoridad, verdad, canon, peculiaridades del texto e interpretación de los libros bíblicos.

### **3. Terminología para designar la Biblia y los libros que la constituyen**

Con el fin de facilitar el estudio al lector, exponemos a continuación algunas nociones básicas de carácter terminológico sobre el modo de designar la Biblia, el número de libros que la constituye y su división. Conviene tener presente que, aun desde el punto de vista meramente formal, no coinciden ni la división ni el número de libros de la Biblia hebrea, protestante y católica. En nuestra exposición seguiremos, como es lógico, esta última, haciendo las oportunas referencias a la Biblia hebrea y protestante.

#### *a. Modo de designar la Biblia y sus libros*

Entre los diversos modos utilizados para designar la Biblia, algunos tienen una importancia especial por su antigüedad y su origen bíblico. Los nombres de origen bíblico más frecuentemente utilizados son :

— *Sagrada Escritura* (*graphê haghía*). Esta terminología, como denominación para designar los libros sagrados, no aparece en la Biblia hebrea; se encuentra sin embargo en la traducción griega de los LXX (*1 Cro* 15,15; *2 Cro* 30,5; *Esd* 6,18) y de ahí pasó al Nuevo Testamento, donde su uso se generalizó. El Nuevo Testamento, en efecto, designa más de 50 veces la colección de los libros del Antiguo Testamento como «Escritura» (*Mc* 12,10; *Lc* 4,21; *Jn* 2,22; *Rm* 11,2; *Ga* 3,8.22, etc.), o en plural, «Escrituras» (*Mt* 21,42; 22,29; 26,54; *Mc* 12,24; 42,49; *Lc* 24,27.32.45; *Jn* 5,39; etc.), o usa la forma completa «Escrituras santas» (*Rm* 1,2), «Escrituras sagradas» (*2 Tm* 3,15) y «Escritura divinamente inspirada» (*2 Tm* 3,16). Los Padres extendieron esta terminología también a los libros del Nuevo Testamento.

— *Biblia*. Este término procede del griego *biblía*, plural neutro del singular *biblíon* (diminutivo de *biblos*, libro). El vocablo pasó al latín (*Biblia/Bibliorum*) y fue sucesivamente transformado en femenino singular, tal y como aparece en nuestras lenguas. Al cambio gramatical siguió un cambio semántico: ‘Biblia’, en efecto, en su acepción teológico-gramatical, indica no tanto un conjunto de libros, sino la unidad que existe entre ellos, por la que constituyen el ‘Libro’ por excelencia. Aplicado a los libros sagrados, dicho término se encuentra, en las respectivas formas lingüísticas, en *Dn* 9,2, *1 M* 12,9 (libros sagrados) y *2 M* 8,23 (libro sagrado).

— *Antiguo y Nuevo Testamento*. La palabra ‘testamento’ (*testamentum* en latín) tiene un origen bíblico y corresponde al término griego *diathêke*, con el que la versión griega de los LXX traduce normalmente el término hebreo *berît* (alianza). El vocablo fue utilizado, como consecuencia, para indicar, primero, la alianza que Dios había estipulado con el pueblo de Israel; después, la «nueva alianza» establecida por Cristo. Por metonimia, las dos expresiones, antigua alianza y nueva alianza, pasaron a significar la colección de los escritos que contienen los libros de la primera y la segunda alianza, que se designaron respectivamente como Antiguo y Nuevo Testamento.

Junto a estas denominaciones, encontramos también otras muy antiguas, como «*instrumentum*» (Tertuliano), «sagradas letras» (san Agustín), «*testimonium divinum*» (san Jerónimo), etc. Con el término «*instrumentum*», Tertuliano quería significar que la Escritura es para la Iglesia un documento de fe, con autoridad y auténtico.

Por lo que se refiere al modo de designar los libros, basta por ahora indicar que, para los libros del Antiguo Testamento se formaron dos tradiciones, una representada por la Biblia hebrea, que designa los libros bíblicos según la palabra o palabras con que comienzan, otra, la de la versión griega de los LXX seguida por las versiones latinas, que designan los libros según su contenido. Así, por ejemplo, la Biblia hebrea llama el primer libro de la Biblia *Bereshit* (en principio), y los LXX, «Génesis», por tratar del origen del mundo, del hombre y del pueblo de Israel.

### *b. Libros que constituyen la Biblia*

El canon católico de la Biblia comprende un total de 73 libros, 46 libros del Antiguo y 27 del Nuevo Testamento, subdivididos, tanto para el AT como para el NT, en históricos, didácticos o sapienciales y proféticos. Esta subdivisión quedó definitivamente establecida en la edición postridentina de la Vulgata.

Los libros del *Antiguo Testamento* se distribuyen del siguiente modo:

— libros históricos: Pentateuco, que comprende los cinco primeros libros de la Biblia (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio), Josué, Jueces, 1-2 Samuel, 1-2 Reyes, 1-2 Crónicas, Rut, Esdras y Nehemías, Tobías, Judit, Ester, 1-2 Macabeos;

— libros sapienciales: Job, Salmos, Proverbios, Qohélet (Eclesiastés), Cantar de los Cantares, Sabiduría, Sirácide (Eclesiástico);

— libros proféticos: Isaías, Jeremías (con Lamentaciones y Baruc), Ezequiel, Daniel y los 12 Profetas menores.

Esta división, con algunas diferencias por lo que se refiere al orden de los libros, es la que aparece en la versión griega de los LXX. Respecto a la Biblia hebrea, las diferencias son mayores. En ella, las tres partes de la Biblia se denominan: *Torah* (es decir, ‘Ley’, nuestro Pentateuco); *Nebiim* (los profetas; de *nabi*, profeta), que comprende casi todos nuestros libros históricos (designados en la Biblia hebrea ‘Profetas anteriores’) y los libros de los Profetas escritores (‘Profetas posteriores’); y *Ketubim* o ‘Escritos’ (de *katab*, escribir), divididos en Mayores (Salmos, Proverbios y Job), los 5 *Meghillot* (rollos), y los libros de Daniel, Esdras, Nehemías y Crónicas. Se puede notar que en la Biblia hebrea los *Ketubim* agrupan algunos libros clasificados en la Biblia cristiana como históricos (Esdras, Nehemías, 1-2 Crónicas, Ester) o proféticos (Lamentaciones, Daniel).

El *Nuevo Testamento* comprende a su vez:

— 5 libros históricos: los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y los Hechos de los Apóstoles.

— 21 epístolas o cartas:

- de san Pablo a los Romanos, primera y segunda a los Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, Filemón, primera y segunda a Timoteo, y la epístola a Tito;
  - carta a los Hebreos;
  - las siete cartas católicas: la carta de Santiago, la primera y segunda de san Pedro, las tres cartas de san Juan, la carta de san Judas;
- el Apocalipsis.

La *división en capítulos y versículos de la Biblia*, tal y como aparecen hoy día, adquirieron su forma definitiva entre los siglos XIII y XVI en las Biblias cristianas, y de ahí pasaron a la Biblia hebrea. La fijación de los capítulos se debe a Esteban Langton, canciller de la universidad de París y arzobispo de Canterbury († 1228); la distribución en versículos, a Roberto Estienne, más conocido como Stephanus, que la introdujo en la Biblia que publicó en 1555. Roberto Estienne se apoyó en los trabajos del célebre hebraísta judío converso, después dominico, Sante Pagnini (1470-1536), quien a su vez se había basado, para el Antiguo Testamento, en la distinción proveniente de la antigua tradición judía, que había distinguido en breves secciones todo el texto bíblico.

#### **4. Importancia de la lectura y estudio de la Biblia**

A lo largo del siglo XX, la Iglesia ha recomendado cada vez con mayor insistencia la lectura asidua de la Escritura, hasta llegar a afirmar que «es conveniente que los cristianos tengan amplio acceso a la Sagrada Escritura» (DV 22). Haciendo un resumen de las razones que sostienen esta orientación magisterial, se puede decir que la lectura de la Biblia es una necesidad para:

— la *vida espiritual*, «porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual» (DV 21). Por este motivo, «muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: “Pues la palabra de Dios es viva y eficaz” (*Hb* 4,12), “que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados” (*Hch* 20,32; cf *1 Ts* 2,13)» (DV 21);



— la *predicación*, pues «el ministerio de la palabra, esto es, la predicación pastoral, la catequesis y toda instrucción cristiana, en que es preciso que ocupe un lugar importante la homilía litúrgica, se nutre saludablemente y se vigoriza santamente con la misma palabra de la Escritura» (DV 24). Por esto, san Agustín exhortaba a quienes habían recibido la misión de enseñar la palabra de Dios afirmando: es «un vano predicador de la palabra de Dios hacia fuera, quien no la escucha dentro de sí»;

— para la *teología*, porque «la Sagrada Teología se apoya, como en cimiento perpetuo en la palabra escrita de Dios, al mismo tiempo que en la Sagrada Tradición, y con ella se robustece firmemente y se rejuvenece de continuo, investigando a la luz de la fe toda la verdad contenida en el misterio de Cristo. Las Sagradas Escrituras contienen la palabra de Dios y, por ser inspiradas, son en verdad la palabra de Dios; por consiguiente, el estudio de la Sagrada Escritura ha de ser como el alma de la Sagrada Teología» (DV 24).

Por todo ello, la Iglesia exhorta con fuerza e insistencia a todos los fieles cristianos «a que aprendan “el sublime conocimiento de Jesucristo” (*Flp* 3,8) con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. “Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo”» (DV 25).

**Lea la pregunta, encuentre la respuesta y transcribala o “copie y pegue” su contenido.**  
(Las respuestas deberán enviarse, al finalizar el curso a [juanmariagallardo@gmail.com](mailto:juanmariagallardo@gmail.com) . Quien quisiera obtener el certificado deberá **comprometerse** a responder PERSONALMENTE las reflexiones pedagógicas; no deberá enviar el trabajo hecho por otro).

1. ¿A qué siglo se remontan los primeros tratados sobre la teología bíblica?
2. Mencione al menos dos temas clave de la teología bíblica que desarrolla Santo Tomás en la *Summa Theologiae*.
3. ¿En qué se diferencia la biblia católica de la hebrea o de la protestante?
4. ¿Usan los hebreos los mismos nombres que nosotros para denominar a los libros?
5. ¿Cuántos libros componen la Biblia, y cómo están divididos?
6. ¿La división de los libros en capítulos y versículos, es original?
7. ¿De dónde proviene la palabra “Biblia”?
8. Resuma con sus palabras la importancia de la lectura y el estudio bíblico (puede añadir otras ideas a las sugeridas por el autor).